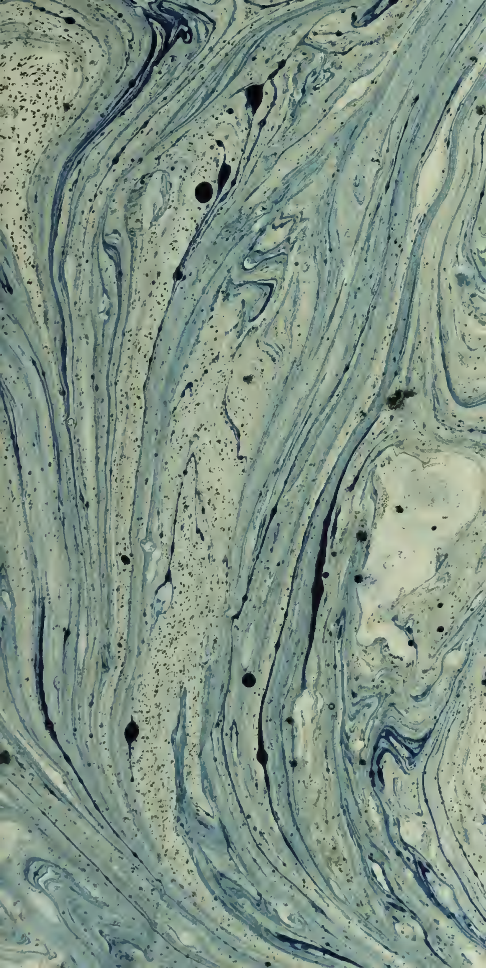
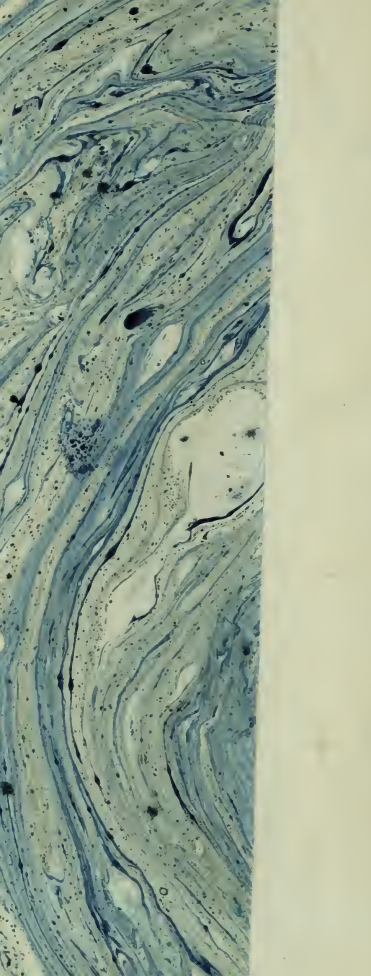
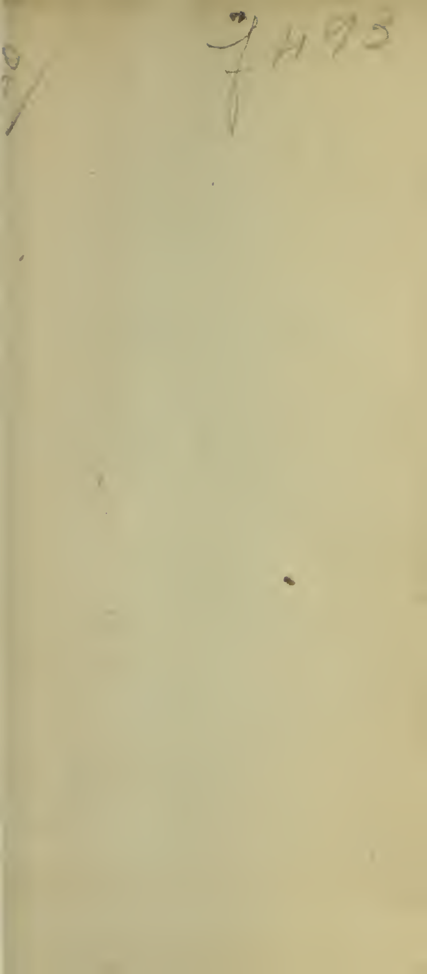
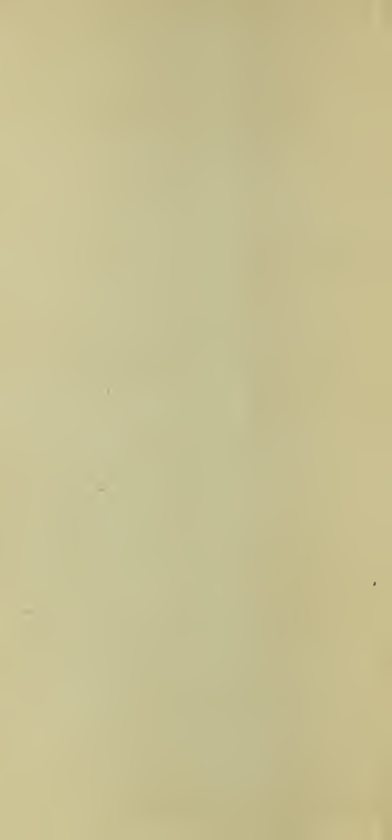








LV

Biblioteca Mignon

TRAGEDIA DE CELOS

POR

EUGENIO SELLÉS



MADRID
VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA

A. DE SAN MARTÍN
Puerta del Sol, 6

1910

Imp, de A. Marzo.
San Hermenegildo, 32 duplicado.
MADRID



E. SELLÉS

INDICE

Págs.

Tragedia de celos.

—No me casé para vivir espiada constantemente.

—Ni yo para vivir ultrajado.

—La ultrajada soy yo; porque tus sospechas ofenden mi decoro.

—Defiendo el mío para que no lo ofendas.

—Esta situación es insostenible. Si me crees buena, déjame en paz. Si me crees culpable, acabemos de una vez.

—Todo llegará. Vas á ser causa de mi perdición.

—Y tú de la mía, si me precipitas.

—Vete, ó no respondo de mí. ¡Maldita la hora en que te conocí!

—¡Maldita!

Estos y otros semejantes requiebros se dirigían diariamente Cristina y Alberto, diez años después de unirse en el llamado dulce lazo conyugal.

Ella estaba en la plenitud de su vida y de sus extravíos: él en la plenitud de sus celos.

Ella alegre de cascos, él desconfiado: ella descuidada, él vigilante; un pretendiente porfiado, una ocasión propicia, y el diablo pronto á soplar sobre el fuego, compusieron las cosas de suerte que se llegó á la infidelidad, después al descubrimiento y ya no había ni podía haber entre aquellos cón

yuges la paz que vive por el amor



mutuo, ó por la ignorancia del engaño, ó por la desvergüenza co-

rrelativa de la mujer que se connaturaliza con el pecado y del marido que se acomoda á su desventura.

El matrimonio tuvo sin embargo unos meses de paz, porque tuvo unos meses de silencio. El silencio lúgubre de los que callan por temor de decirse mucho, la paz sorda, trágica, armada, impuesta por el cansancio de la lucha permanente. No reñían, porque tomaron el partido de no hablarse, visto que siempre que hablaban reñían. Y así vejetaba esta pareja, cuyo amor empezó en epitalamio tierno como todos, y acabó en tragedia espantosa como ninguna.

Alberto y Cristina tuvieron un hijo cuando, corridos ocho años de matrimonio estéril, no esperaban ya sino la soledad egoísta de los

casados que no fundan casa. La fecundidad tardía no es rara, pero de ella suelen nacer con el hijo inesperado el recelo caviloso, y él vino á enfriar el lecho conyugal en vez de caldearlo con la feliz estrechez del lecho donde dos seres hacen lado á otro ser que funde en una las tres almas, y las sujeta y liga posando cada una de sus manecitas en cada uno de los dos corazones, que le dieron su sangre.

—Cuando nos separemos, que eso ha de llegar pronto, había dicho alguna vez Alberto, te llevarías á tu hijo, porque es *tuyo*, ¿entiendes? *tuyo.*

—Te lo llevarás tú, porque el padre educa mejor á los varones. Si fuera hembra, ya sería otra cosa.

—Si fuese hembra, no te la dejaría, precisamente porque no la

educaras. Y efectivamente, llegó e trance, inevitable en aquel matrimonio, ya divorciado espiritualmente. Las almas que tiran de los cuerpos para unirlos, tiran también de ellos para separarlos.

Alberto pasaba en su casa solamente las horas precisas para sostener las apariencias matrimoniales ante la sociedad. Muy pocas horas del día y de la noche; como suelen los que encuentran más espinas que rosas en el hogar. Cierta tarde regresó á él más temprano de lo que acostumbraba; iba á vestirse para asistir á una comida.

El demonio de la infidelidad se hallaba á la sazón posesionado de la casa, donde campaba como dueño con la holgura y confianza de quien no espera ni teme la presencia del marido engañado. Alberto

sorprendió el delito que sospechaba. Sobrevinieron los gritos, los denuestos, el escándalo, la fuga del amante, siempre cobarde como el ladrón, las disculpas trémulas de



la mujer, siempre embustera como la traición.

Todo fué allí arrebato de la ira en el ultrajado, despecho del miedo en la ofensora, cólera en ambos. Sólo hubo dolor sincero y

lágrimas verdaderas para lo único inocente: para el pobre hijo.

Jugaba por los cuartos interiores: acudió al ruido: vió á su padre amenazando: á su madre amenazada, tembló, y asustado de hallar furores donde otras veces cariños, huyó á encerrarse en un aposento retirado y obscuro, porque la obscuridad, tan temida de los niños, aún le pareció más tranquilizadora y buena que aquella claridad pavorosa.

Alberto era el tipo medio de los maridos desgraciados: ni de los que matan ni de los que sufren.

Cristina era otro tipo medio de las mujeres pecadoras: ni de las que suplican perdón ni de las que arrostran cínicamente las iras, provocando la catástrofe. Uno y otra resolvieron rápidamente su situa-

ción y sus conductas. En vez del estallido destructor de dos rayos que se chocan, fué aquello el encuentro de dos fuerzas que se repelen.

Cada cual se recogió en su cuarto: llamó á sus criados; empaquetó desordenadamente lo más necesario ó interesante, y con pocos minutos de diferencia y sin verse abandonaron el domicilio.

Media hora después, con el tiempo tasado para tomar el tren, Alberto partía en el del Norte con dirección á Francia y Cristina en el del Mediodía camino de Cádiz, donde residían sus padres.

Cuando los amos hubieron salido con los criados de confianza, el único sirviente que quedó en la casa cerró tras sí la puerta, recogió las llaves, y llevándolas á un

pariente cercano de la señora abandonó también la casa deshabitada, tanto porque allí no se comería al día siguiente cuanto por aprovechar para sus recreos aquella huelga general. Proceder común en las sirvientas de esos hogares desordenados donde los vicios hincan su diente corrosivo.



Cristina no volvió á acordarse de Alberto sino para odiarlo desde lo hondo del corazón, con ese odio injusto que todo criminal siente, más que entre su delito, contra quien lo descubre.

No era ya ni podría ser la esposa de Alberto, pero era siempre madre. Y á los cinco días de la separación comenzó á devorarla el ham-

bre maternal. Necesitaba noticias del hijo... Como no se atrevía á buscarlas de Alberto, le telegrafió por conducto de un pariente cercano. La contestación fué rápida. «El niño está con su madre; ella es la que me debe noticias de él».

Al recibir este telegrama, Cristina se aterró sin saber por qué. Y en el acto dirigió á Alberto otro telegrama. «El niño está contigo. Sin duda quieres ocultarlo para que yo no lo vea más. No te lo reclamaré; pero dime á lo menos cómo está».

Cinco horas después Cristina y Alberto sabían ciertamente que su hijo no estaba ni con el uno ni con la otra, y saltó en ambos un presentimiento horriblemente, angustioso. Cristina al abandonar el domicilio creyó que Alberto perma-

necería en él y por eso dejó allí al niño.

Alberto pensó é hizo lo propio respecto de Cristina. Era, pues, de temer que el hijo permaneciera en compañía del único criado que quedó por dueño de aquella casa deshecha y abandonada.

Los esposos, sin pedir ni dar mejores explicaciones, se pusieron simultáneamente en camino para Madrid y uno por el tren del Norte, y otro por el del Mediodía llegaron casi á la misma hora y se hallaron delante de su casa. Estaba cerrada. Llamaron muchas veces y con mucha ansiedad. No se atrevían á mirarse y menos á hablarse. Interrogado el portero, les dijo que el criado salió pero después que ellos y no había vuelto todavía. «Pero indudablemente—

añadió—hay alguien dentro, porque el perrito de la casa no ha de-



jado de ladrar todos estos días y algunas noches, hasta anteayer: desde entonces no le he oído».

Diez minutos después un cerra-

jero forzaba la puerta de la habitación. No había nadie en ella. Salas, gabinetes, alcobas, todo desierto, intacto, mudo. Sólo allá en el extremo de un pasillo interior sonaba una especie de gruñido débil, acompañado de ese rumor que produce el rascar ó el arañar en la madera. En efecto, dentro del cuarto de baño había algo viviente que arañaba la puerta, cerrada únicamente por el picaporte. Apenas franca la puerta, salió por ella ó mejor se arrastró trabajosamente por el suelo el perro. El pobre animalillo estaba casi en esqueleto. Al ver á sus amos quiso saltarles á las piernas como solía, y no pudo hacerlo de pura debilidad. Lanzando gruñidos que parecían lamentos, entró y salió dos ó tres veces por la puerta mirando tristemente á los amos

como queriendo llevarlos también al interior del cuarto.

El espectáculo fué horrible. El hijito de aquel matrimonio roto por el vicio, yacía sobre el hule que rodeaba el baño. Era cadáver ya descompuesto. Su rostro, adelgazado extraordinariamente, sus manecitas, que parecían un manojo de huesos, sus ojos espantados y su boca contraída que apretaba con los dientes un pedazo mordido de la tela de su traje, demostraban las angustias y el género de su muerte.

Había muerto de terror y de hambre.

Alberto y Cristina cayeron de rodillas, gritando y llorando sobre aquel cuerpo adorado.

Por primera vez en los dos últimos años no se disputaron la posesión del hijo, ni se miraron con

rencor, ni apartaron con repugnancia sus brazos y sus rostros al sentirlos juntos abrazando y besando aquella víctima de las pasiones. ¡Pobre ángel olvidado en la tormenta de esos arrebatos humanos que al estallar se acuerdan sólo de los odios y las venganzas infernales!

¡Qué tormentos pasaría cuando llamaba á sus padres y sus padres no le respondían con caricias ó cuando llamaba á su niñera y su niñera no le cuidaba; cuando intentaba abrir la puerta y sus bracitos no alcanzaban á la cerradura; cuando llegaba la noche miedosa y nadie le llevaba á su camita; cuando en las pesadillas de los malos sueños se abrazaba á su perro; cuando le gritaban los dolores del hambre y sólo le contesta-

ba el ladrido cada vez más apagado del único compañero de su soledad, de su hambre, y de su muerte!

Bien hicieron Cristina y Alberto en retirarse al claustro monacal: que para tal remordimiento como el suyo no hay más que un refugio: el de la sepultura. Y cuando la muerte anda perezosa, el claustro es el sepulcro de los muertos que están en pie.

—



Un bienaventurado.



Un bienaventurado.

Angel era un bendito, criado en el temor de Dios, en el temor del diablo, en el temor de los hombres y en el temor de los juicios ajenos.

Y con tantos temores juntos en un alma sola, aquel pobre de espíritu era un prisionero que tenía por cárcel el mundo.

Prudente, sufrido y pacato, trataba al prójimo como él quería ser tratado.

No ofendía á nadie de palabra ni de obra, y aguantaba sin res-

ponder las malas obras y palabras de los demás. Estas condiciones de su naturaleza, que debieran de ser virtudes en una sociedad perfecta, son defectos en la sociedad práctica, y estaban aumentados por la educación deprimente recibida en un colegio del antiguo régimen. Allí le habían enseñado á pensar y aun á creer que el mundo es una población penal adonde venimos para purgar la culpa de haber nacido, una congregación de malvados y un hervidero de malicias y acechanzas, de todo lo cual ha de huir quien quiera la paz de la vida.

Y así el muchacho se consideró caído en una madriguera de lobos feroces, con quienes tenía que vivir, comer y dormir sin defensa ni guarda. Y veía en cada hombre un enemigo superior á él.

Contribuyeron á ello no poco los chicos, que son de la mismísima piel del demonio. La segunda infancia es la edad díscola del hom bre, porque en ello se muestra la naturaleza desbocada sin el freno del juicio y del escarmiento. Angel era el hazmerreir y el burro de carga de sus condiscípulos.

En las horas de asueto y en el patio de juegos, él hacía siempre de toro ó de caballo, y sobre él montaban los demás si se trataba de corridas de caballos, y á él le picaban y banderilleaban en las corridas de toros.

En las horas de aseo, él cepillaba la ropa de los compañeros.

En las horas de estudio, él resolvía los problemas aritméticos, y se los daba á copiar á los malos estudiantes; en las horas de clase,

él se llevaba la culpa de cualquier ruido ó desorden y las consiguientes reprensiones del profesor. Y á todo callaba, temeroso de que tras la reprensión viniera sobre él la cachetina de los enredadores si los descubría.

Llegó á la juventud, edad de pasiones y de energías, y atemorizado en sus primeros combates, se halló con las pasiones amortiguadas y las energías muertas. No era un vencido, ni conocía ni probaba sus fuerzas: se daba por vencido sin lucha.

Su mayor cuidado, cuando le gustaba una mujer, no era el de averiguar si ella le quería, sino el de saber si la quería otro hombre de suerte que casi nunca tuvo novias, y cuando las tenía, le duraban poco tiempo, porque, en atra-

vesándose otro pretendiente, le cedía el campo.

Acontecíale lo propio en los demás negocios, así del alma como del interés. Por no molestar al prójimo, no pedía nada á nadie, y como en el mundo quien no insta no logra, Angel iba quedando muy atrás en su carrera. En cambio á él le molestaban sus amigos y aun los que no lo eran, seguros y ciertos de ser atendidos en cuanto ponían cara de mal humor. Porque Angel era de esos que por no crearse una enemistad, se crean dificultades mayores que los odios de un enemigo.

No era adulador, pero sin serlo de palabra, lo era en los hechos por no desagradar á nadie, con tal exceso, que si el sastre le sacaba mal una prenda la admitía con sus fal-

tas, por no darle el trabajo de reformarla.

Era pundonoroso, pero no lo parecía, porque toleraba pacientemente las impertinencias de los necios, á tal punto, que si sabía que alquien le injuriaba, fingía ignorarlo para no provocar explicaciones. Era exactísimo en sus tratos y cuentas, pero si se le ponían reparos ó dudas en ellas, ni replicaba ni discutía, prefiriendo pasar por distraído á que lo parecieran sus demandantes.

Y de esta suerte consintió á sabiendas verdaderas estafas de gentes que, conociéndole, abusaban de su timidez.

Era de carácter alegre y aficionado á la diversión. Veía cómo los hombres de su edad gozaban de la vida sin cuidarse del veto que los

ristes de corazón ponen á todo lo



que ellos no pueden disfrutar. Pero se retraía de todo placer, aunque

se le fueran los ojos y el alma tras él por el terrible *¿qué dirán?* sordina que si muchas veces contiene el escándalo, otras apaga las expansiones justas y las voces de la naturaleza.

Y de este modo, apartado de la vida, Angel parecía melancólico, taciturno y agrio.

Y he ahí por qué Angel, esclavo de todo, y de todos, vivía en perpetuo estado de depresión moral, como un hipnotizado, juguete de la voluntad del hipnotizador.

Pero no hay encantamiento que no tenga su desencantador, y suele serlo un hada compasiva, que destruye los hechizos y libra de ellos al caballero aprisionado, restituyéndolo á su prístino ser.

No fué precisamente un hada sabia y aérea, sino una mujer de

carne y hueso, de cabellos y ojos negros, la que se apareció á nuestro Angel para despertar su energía, desentumecer su pereza espiritual y volverle á su ser humano. El hombre se enamoró de la mujer y la mujer del hombre, y ambos quedaron sometidos á esa servidumbre recíproca dc la pasión.

¡Qué sorpresa la de Angel viendo cómo una mujer le obedecía! Aquella fué la revelación de una fuerza.

Su modestia atribuyó el fenómeno á la debilidad natural del sexo femenino. Pero la mujer, como hermosa, tenía pretendientes, y uno de ellos se atrevió á requerirla, fiado en la pusilanimidad del novio. El cual, aguijoneado de los celos, en vez de ceder el campo como solía, lo mantuvo denodadamente, ahu-

yentando al rival. Segunda sorpresa de Angel, viendo que los rivales no eran tan temibles como él presumía. Fué otra revelación de la fuerza callada, revelación definitiva que le dió confianza en sí mismo, demostrándole que el valor y el prestigio ajenos no están casi nunca más que en la humildad y en el acobardamiento propios.

Desde entonces, Angel se hizo diablo. No sólo perdió el temor á los riesgos y conflictos, sino que los provocaba para hacer de ellos ensayos y pruebas, de los que siempre resultaba victorioso.

Aquel adorador de la paz y devoto de la amistad, con las cuales fué desgraciado, puso todo su empeño en ganarse enemigos, persuadido ya de que son tan necesarios como los amigos. Constituyen el

complemento de las acciones humanas, el diente de la rueda contraria que, en lugar de roernos, engrana con la nuestra para hacernos andar. La benevolencia, la conmiseración, la piedad, son como limosna arrojada á los pobres de espíritu: la concede la superioridad á la inferioridad.

La enemistad, el odio, la envidia, son, por el contrario, el homenaje involuntario del inferior al superior, ó á lo menos al igual, que ya con tener iguales basta para tener adversarios.

Angel, redimido por una pasión y entregado á ellas, consiguió lo que no con la prudencia y el sufrimiento de la vida modosa y pacata.

No fué un malvado, porque no nació para ello, pero lo parecía,

como á él se lo parecían antes los hombres, y sólo el parecerlo infundía respeto y temor á los verdaderos malvados. Había aprendido que los atropelladores, los imprudentes, los arriscados, los matones de todo linaje, así políticos como personales, sociales y hasta intelectuales, viven y prosperan por la fantasía de los tímidos y se salvan, como los creyentes religiosos, sólo por la fe: éstos la tienen en la inmortalidad del alma; aquéllos, en la inmortalidad de la pobreza de espíritu, que es el peor enemigo en la sociedad.

Las cañas
se vuelven lanzas.



Las cañas
se vuelven lanzas.

El tecnicismo usual de nuestros hospitales designa con el nombre de *calandrias* á ciertos desdichados que no teniendo ni oficio ni beneficio, ni casa ni lecho, ni pan ni agua, acuden en busca de algo de eso á los establecimientos benéficos, fingiéndose enfermos de dolencias que no curan la medicina ni la farmacia sino el caldo y la carne de la olla grande. Esta explotación de

la caridad oficial es frecuente en Madrid. Los tales pasan su semana



de festivo en el hospital, y acabados los días ó la paciencia misericordiosa de los doctores, son puestos de patitas en la puerta, tan sanos como entraron por ella, y re-

puesto el buche para otra semana de abstinencia. Y hasta otra semana de hartura.

El oficio es ingenioso y sin quiebras. Pero es peligroso abusar del arte. Aunque el refrán dijo que lo que abunda no daña, la abundancia del ingenio y la perfección de sus obras suele dañar en esta España imperfecta y desmedrada.

Y eso acaeció al pobrete de Julián Gónzález una vez que aguzando el intelecto y afinando la puntería quiso inventar los *calandrias* de cárcel.

Había disfrutado sus ocho días de hospital: sus ocho días terceros, porque gozó los segundos en el mes de Julio y los primeros en el mes de Marzo.

No podía repetir más la suerte en tan poco espacio: el médico le

había advertido seriamente que iba curado lo menos para un semestre... Pero el hambre no se dió por en-



terado del aviso facultativo y le picó bravamente.

Vagabundeaba por calles y plazuelas, caviloso como todo sabio, porque sabía que no había comido desde la mañana anterior, y desesperado por no saber si comería á la siguiente.

Pasaba á la sazón una pareja de polizontes conduciendo á un raterillo cogido por pura casualidad en ellos y notable desgracia en él. Quejábase el ladronzuelo y le consolaban los guardias diciéndole: «anda, al abanico; anda, bribón: qué buena suerte tienes».

—Pero si no he sido, clamaba el preso—¡que me lo prueben!

—Ya sabemos que no se te probará el hurto, pero nadie te libra de una quincena por blasfemo. Y te quejas, cuando te vamos á asegurar el pan por quincedías!

Julián vió el cielo abierto: el cielo de la cárcel.

—¿Quince días por blasfemo falso? Pues si yo soy homicida también falso, tengo comida para quince meses. Y tan pronto pensado como hecho, Julián se fué derecha-

mente al *Abanico*, trazando por el camino los pormenores de un delito imaginario, del cual iba á confesarse autor.

No se atrevió con el homicidio consumado: hasta de burlas le repugnaba comerse á un muerto. Se contentó con un herido. El director de la cárcel quedó encantado de la honradez profesional de aquel delincuente que se metía espontáneamente en la prisión.

Y el honrado criminal quedó á su vez desencantado de la generosa nobleza de aquel carcelero, que se oponía á recibirle por escrúpulos del oficio.

—No puedo admitir á ningún preso ni detenido sin mandamiento ú orden de la autoridad competente; tráigamelo usted, y entonces entrará.

—Tardaría mucho tiempo, y mi



caso es urgente—alegó Julián muy contrariado.

—Es mi deber.

—Y el mío es espiar mi delito. ¿De modo que aquí no puede entrar un delincuente tocado en su conciencia? ¿De modo que puedo seguir hiriendo y robando á mis anchas mientras el juez no se oponga?

—Por mí, lo que usted quiera.

—Pues usted será responsable.

El director reflexionó efectivamente sobre su responsabilidad si dejaba escapar de entre sus manos á un reo.

—¿Y las heridas son graves?—preguntó.

—Graves.

—¿Y por qué no se ha entregado usted en el acto?

—Huí; pero luego consideré que me cogerían y resolví entregarme.

—¿Y dónde y con cuáles circuns-

tancias se ha cometido el hecho?

—Eso lo diré sólo al juez.

El carcelero lo admitió, volviendo á encantarse de la estrechísima conciencia de aquel arrepentido.

Al día siguiente, el juez se personó en la cárcel para indagar á Julián, quien tenía preparado un crimen completo, lugar, hora, causa y resultado.

—¿De manera que se confiesa autor del delito de lesiones?

—Sí, señor juez; lo confieso, porque me ahoga el remordimiento. Téngalo usía en cuenta para ser benigno.

—¿Y el hecho sucedió?...

—En el paseo de Atocha.

—¿Hora?

—Las diez de la noche. Lo solitario del sitio y lo avanzado de la hora me permitieron huir, y no

me hubieran cogido si yo mismo no me presento aquí. Téngalo usía también en cuenta para ser benigno.

—¿Y la víctima era?...

—No lo sé: un desconocido. Yo creo que iba algo borracho Me injurió primero de palabra y después de obra; y perdí la cabeza. Repito que lo tenga usía en cuenta...

—Sí, para graduar las atenuantes. Pero ¿testigos?...

—Ninguno. Nadie lo sabría si yo no lo confieso. Por Dios, que tenga usía en cuenta...

El juez, acabado el interrogatorio, dictó auto elevando á prisión la detención, y se fué diciendo al director de la cárcel:

—He visto pocos criminales semejantes á éste. Declara todo co-

mo si no hubiera hecho nada. O es muy cínico ó muy bueno: un buen hombre que ha tenido un mal pensamiento y está arrepentido. Sea lo que sea, merece consideraciones, porque nos ahorra mucho trabajo ¡Si todos fueran como él!

Julián quedó también satisfecho del éxito favorable de su treta, que le prometía largas semanas de rancho seguro. Y siempre que lo comía abría la boca dos veces; una para tragarlo y otra para reirse burlonamente de la inocente credulidad de la justicia. Cuando me canse de esta vida, declaro la verdad, y como no parecerá el herido, me voy á la calle con sólo una reprimenda por la burla.

Seis días después se presentó el

juez para ampliar la indagatoria.

—Viene á fastidiarme, claro: el herido no parece por ninguna parte y me pondrán en libertad. Se me acabó la ganga.

—Siento traerle una mala noticia; sé que le dolerá, porque me parece usted un hombre no pervertido.

—Supongo cuál es; y en efecto, me dolerá mucho.

—Las cosas se han puesto muy feas. El herido por usted ha muerto.

Julián no pudo entonces contener la risa y dijo:

—No puede ser.

—Los médicos esperaban su curación, pero las heridas eran graves.

—Señor juez, veo que es usted muy listo; ha comprendido todo y

quiere darme una lección, vengando con otra burla la burla mía. Perdóneme, señor, y tenga caridad. Lo he hecho sólo por hambre.

—¿Por hambre? Entonces fué el robo la causa del homicidio, y no la provocación del herido. Se contradicen sus declaraciones. ¡Malo, malo!

Julián empezó á inquietarse, y la inquietud pasó á terror cuando por manifestación del juez comprendió que el juego iba más allá de lo que él quisiera. Las cañas se volvían lanzas. Se le acusaba de un homicidio real. Muy sorprendido y acongojado declaró entonces la verdad y el motivo y objeto de su invención.

—Entendido, entendido—dijo el juez. La cosa está clara. Creyendo que las lesiones eran leves, usted

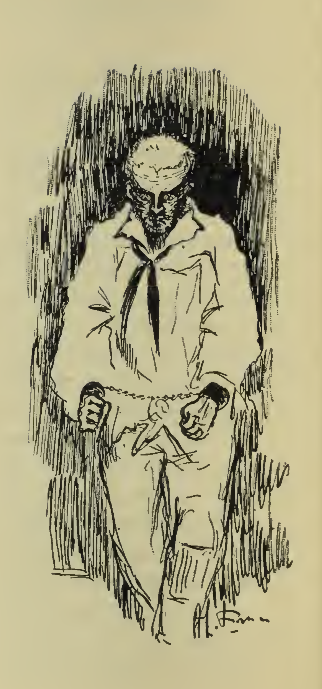
confesó; y ahora que con la muerte del herido el asunto se agrava, ve usted las consecuencias, y pretende retractarse y despirtarnos con ese cuento del hambre. Es tarde, es tarde. Lo hecho hecho y lo dicho dicho. La Providencia ha hecho esta vez un servicio á la justicia. Cuando en su declaración primera el herido manifestó que no conocía á su agresor ni las causas de la agresión, temí hallarme con uno de esos delitos que se pierden en el misterio. Fueron inútiles cuantas pesquisas se practicaron aquella noche. Si usted no se constituye en prisión, queda impune. Julián quedó atontado sin saber cómo su novela se había convertido en historia. El curso del proceso se lo descubrió. Por coincidencia desventurada acertó

á describir un delito cometido en el lugar y en las horas que él designó al acaso. El herido y dos mozos de la estación del Mediodía, que vieron correr á un hombre, dieron de su estatura, traje y barba señas que aunque por aquí podrían referirse á muchas gentes, coincidían por lo mismo con las señas personales de Julián.

Con esto y con su confesión desdichada hubo pruebas bastantes para condenarlo.

En vano el abogado defensor, quizá sin verdadera fé ni convencimiento, expuso elocuentemente ante el Tribunal las nuevas teorías científicas del hipnotismo y la sugestión para explicar el fenómeno de acertar con un hecho que no se ve ni se presencia.

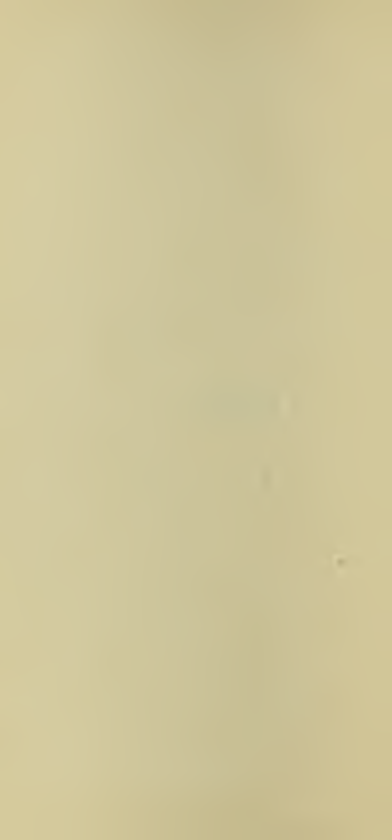
Julián fué á presidio y allí está



el pobre artista de delitos, el autor de escenas dramáticas, disfrutando el premio de su inventiva y arte. Porque tiene asegurado el pan para diez años. Y ahora el público llama á escena al verdadero autor de esa tragedia, el cual por modestia guarda el incógnito. Si sabe leer y lee esto, ¿tendrá la caridad suficiente para substituir al falso autor ó tendrá la envidia bastante para reivindicar el pan que le ha quitado de la boca?



El velo.



El velo.

Los que vivimos continuamente y de largo tiempo en ciudades muy populosas, conocemos caras que no sabemos á quién pertenecen; sostenemos asiduo trato de vista con desconocidos, verdaderas amistades de los ojos, las cuales no han ascendido nunca al saludo.

Nos codeamos á diario con ellos en los grandes círculos, en teatros y paseos; seguimos paso á paso su vida; vemos hacerse

mujer á la que conocimos niña, y hacerse vieja á la que conocimos mujer; podríamos ir contando las canas que aparecen y progresan en la que fué abundante cabellera; desfilan á nuestro lado, unas veces con los atildamientos de una rica elegancia, otras veces con el traje mal traído de descuidada decadencia; ayer á pie, luego en coche. La que vimos soltera, se nos reaparece un día rodeada de juguetones chiquillos, ó quizá se nos presenta soltera la que creíamos casada. Gentes, en fin, juntas siempre con nosotros en la peregrinación de la vida, y separadas por la barrera de la etiqueta social. No de otra suerte, los árboles que bordean el camino se están viendo siempre sin tocarse jamás.

Ramoncito Sánchez, que Ramoncito le llaman todavía sus coétancos, aunque ya le podrían llamar don Ramón por su madurez, tuvo una amiga de la clase de esas íntimas desconocidas. Habíala visto nacer al mundo social siendo él estudiante y ella una chicuela recién vestida de largo. Era una hermosa criatura esbelta, de porte distinguido, de grandes ojos azules, rizoso pelo rubio, facciones de escultura griega, tez límpida, suave, inmaculada. Esa tersura de su piel rosada constituía su principal y más notada belleza. Lástima que medio la encubriera el velo de tul que envolvía perpetuamente su cara!

Acompañábala, á toda hora, su madre, que tal debía ser aque-

lla buena señora, por el parecido de las figuras y la diferencia de las edades.

Pasaban los inviernos, llegaban los veranos, se iban los veranos, volvían los inviernos, y la niña cambiaba de traje, pero no cambiaba de hermosura ni pasaba de soltera. Siempre la misma; siempre con su madre; siempre con su velo de tul prendido al sombrero, por las tardes y las noches, en paseos ó teatros; caído de la mantilla por las mañanas, en las misas de las Calatravas. Y así anduvieron iguales, monótonos, muchos otoños y muchas primaveras, y la niña, siempre, siempre con su madre y con su velo.

A fuerza de hallarse Ramoncito y la desconocida, se mira-

ron, y á fuerza de mirarse entraron en gana de conocerse. No diremos que aquel deseo fuera amor, aunque pudiera ser su semilla. Por entonces era sólo conveniencia de romper aquel grande y larguísimo silencio, ya embarazoso, como el de dos personas que hacen juntas un viaje circular, encontrándose en todas las estaciones y en todas las ciudades.

Pero nunca hubo una mano tercera que pusiera en contacto las corrientes paralelas de aquellas dos vidas que iban pasándose.

Una casualidad—no importa cuál fuera—trajo la ocasión, y Ramón y Teresa se trataron. Pero todavía en público, en los paseos y en los teatros. Aquella

amistad, aquel afecto, aquello que luego fué amor, parecía destinado á luz permanente; había nacido en la calle, y tenía que vivir en la calle.

Pero aquello, ¿fué amor? Lo fué á la manera que lo es en el otoño de las existencias: pálido, como el sol que se pone; seco, como las hojas que se caen.

Ramón y Teresa no eran ya jóvenes cuando se amaron; habían gastado la juventud mirándose. Y como ambos habían andado el mismo camino, á compás igual, guardaban entre sí la proporción debida. Podían mirarse sin orgullo ni humillación, sin echarse en cara una arruga de más ni de menos. Tal para cual. Además, la costumbre de verse atenúa la vejez y desarru-

ga el cutis. De modo que ellos se sentían tan frescos y rozagantes como se conocieron.

No dejaba de extrañar á Ramón que ni madre ni hija le ofrecieran la casa, á pesar de las relaciones formales que los ligaban. ¿Qué razón lo impedía? ¿Habría algo que ocultar? Picado por el misterio. Ramón quiso aclararlo.

—Mamá—respondió Teresa—no permite que entre en casa hombre alguno si no es para llevarme á la iglesia. Dice que la antesala es la Vicaría y la tarjeta de anuncio, el expediente matrimonial.

—Pero esa severidad tendrá su causa. Tal vez algún novio arrepentido, informal...

—No, no he tenido más no-

vio que tú. Son manías de señora del antiguo régimen.

Ramón, que era hombre formal, gustó de aquellos escrúpulos de honestidad exageradada, y pidió la mano de Teresa, empezando el arreglo de papeles para casarse.

Y entró en la casa de su futura. ¡Qué desencanto! El velo, aquel eterno velo de tul muy moteado no tapaba entonces el rostro de Teresa; seguía siendo correctísimo, de hermosas líneas; mas aquel cutis aterciopelado, que era su principal hechizo, apareció manchado de grandes pecas, basto, tosco, y como cribado por abundantísimos hoyos, reliquias de la viruela.

Ramoncito se explicó ya el

uso constante del velo y la resistencia á dejarse ver en la desnudez casera, mientras el novio no tuviese para anular el mal efecto ese otro velo que el amor pone en los ojos del enamorado, como venda que oculta las imperfecciones del ser querido. El novio no hizo demostración externa de su desencanto.

Teresa atacó valientemente la cuestión antes que la cuestión se le viniese encima

—Te desagrada, verdad—dijo—. Te desencanta el verme como soy. Aunque lo ocultes por cortesía, lo conozco; y aunque no lo conociera, me explico el desengaño y lo encuentro natural. Pues has de saber que llevo todavía otro

velo más tupido. No debo reservar nada al que va á ser mi marido; si lo hiciese, sería una mala mujer. Oye mi historia, y no te asustes, que no afecta á mi decoro. A los quince años contraje esta horrible enfermedad, que dejó para siempre señalado mi rostro con la marca de las desdichas. Cuando me miré al espejo, sentí la desesperación de los condenados. No me volví loca, no sé por qué; pero me volví mala, bien puede verse por qué. Allí acababan todos los sueños, todas las esperanzas de la vida. Las viruelas curadas en el cuerpo se me retiraron al corazón. Me hice otra de un golpe: envidiosa, vengativa, iracunda. Aquella niña dulce y angeli-

cal, rubia de alma como de pelo, llevó durante algunos

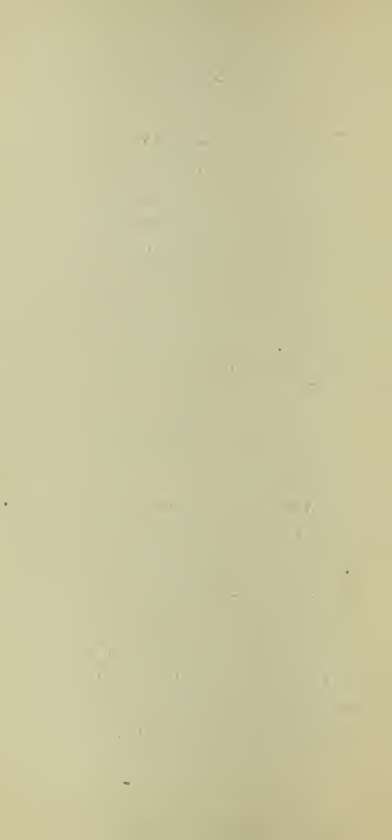


años una fiera dentro. Todos huían de mí; no tuve amigas, nadie me trataba, era insufrible y habría sido definitivamente desgraciada sin un día

de lucidez que interrumpió aquella locura frenética: advirtiendo que con el velo podría pasar mi cara, comprendí que necesitaba velar también mi espíritu con otro velo que disimulara sus defectos, hoyos y manchas. Ese velo no es otro sino el de la educación; emprendí, pues, la educación del alma con tal constancia y la corregí con tal firmeza, que nadie ve hoy la tosquedad y aspereza del semblante moral de aquella niña, en esta mujer suave de palabras y de sentimientos, rubia de alma como de cabellera. Temía que me vieras sin el velo de la cara; por eso la he escondido siempre á tus miradas. No temo que me veas sin el

del espíritu, porque ese velo va ya tan pegado á él, que aun queriendo quitármelo, no lo conseguiría. La costumbre de vencer me á mí misma me ha vencido. La educación ha formado en mí otra naturaleza. Y, ahora, escoge entre mis dos caras, y dime qué te parece mejor: ¿tener que ocultarte la del cuerpo ó tener que encubrir los verrugones, arrugas y lacerías de la del espíritu?

Ramón escogió sin vacilar. Se casaron y fueron felices, porque Teresa era realmente como se había descrito. Aparecía encantadora bajo sus dos velos; el de tul que favorece la tez, y el de la educación social, que enmienda las fealdades groseras de la naturaleza humana.



Los tres poderes.



Los tres poderes.

Erase que se era un rey que tenía tres hijos; los vistió de colorado... y ya está el cuento empezado.

Y en verdad no los vistió de colorado, sino de negro, color de luto; porque el bueno del rey estaba para morir cuando llamó á los tres hijos y les habló de esta manera:

Ya veis cuán de prisa me voy al panteón, sin llevarme á él más de lo que queráis po-

nerme por mortaja; no me llevo mi reino, ni mis riquezas, ni mis honores, ni mis palacios, porque es la fosa tan estrecha, que en ella no cabe sino el cuerpo. Lo demás ahí queda para vosotros. Pero puedo llevarme un consuelo, que ese no ocupa lugar, é irá sentado en mi corazón. Y es el de saber que os repartís mi herencia, mi herencia, mi herencia sin disputas ni rencores que turben la de mi sepultura. Así, pues, escoja cada cual de vosotros la parte que apetezca, y si no hubiese conformidad, yo la pondré en las pocas horas que me restan.

—Yo—dijo el mayor — escojo la corona, con el poder y autoridad que representa. Y

no pido nada fuera de justicia, porque ellas tocan al primogénito, según leyes y costumbres de nuestro reino.

—Dices bien; tuya es la corona.

—Yo—dijo el segundón—, escojo los tesoros y haciendas, porque es justo que quien es hijo y hermano de reyes, tenga con qué sustentar el decoro de la majestad.

—Y, si os lleváis todo por derecho de prioridad, ¿qué dejáis para vuestro hermano menor, que es tan hijo y hermano de reyes como lo sois vosotros?

—Le quedan los palacios de la ciudad y de recreo que no deba ocupar el rey futuro.

—Ni los necesito ni los quie-

ro—dijo el menor—, porque palacio sin rentas, antes da risa que respeto. Dejadme solamente la biblioteca de la familia. No hará gran falta á mis hermanos; y si les fuere menester, bien podrán el uno conquistar y el otro comprar biblioteca mejor que ésta. Y os juro por el reposo de nuestro padre, que mi elección va tan conforme con mi gusto y quedo tan contento con mi parte, que no habría escogido otra á ser yo el primogénito.

—Hágase como lo pedís. Y muero tranquilo, puesto que os dejo en paz.

Y murió el buen viejo, que había sido un buen monarca, aunque por tradición de su país, monarca despótico, como

se echa de ver por el reparto que hizo de su herencia, sin sujetarse á otra ley que su voluntad.

Ulrico, que así se nombraba el hijo mayor, entró á gobernar su reino, un Estado constituído autoritariamente en la semicivilización de la antigua autocracia slava.

Wladimiro, el segundón, pasó á gozar de su opulencia, llevando vida de príncipe rico, parte soberano en cuanto á los fueros, preeminencias y ventajas, y parte vasallo en cuanto á la independencia de la vida y la persona, estado cómodo y envidiable, tan libre de la obligación de mandar como descansado de la pesadumbre de obedecer.

Sergio, el menor, se dió á perfeccionar su sabiduría, que ya era grande, y á cultivar su entendimiento, que no era poco, según se puede advertir por la elección de su herencia.

El rey Ulrico disponía á su antojo de vidas y haciendas, mandaba los ejércitos de tierra y mar, recibía embajadas de soberanos extranjeros y homenajes y reverencias de los súbditos propios. Pero, no poseyendo otras rentas que las de su lista civil, no muy abundante, vivía con modestia desproporcionada á tan gran poder y autoridad. Y envidiaba á su hermano Wladimiro. Wladimiro vivía con tanto rumbo y boato, que me-

jor que príncipe de las rudas dinastías slavas, se le creyera un príncipe de las antiguas dinastías babilónicas. Festines y banquetes en su palacio de la ciudad, cabalgatas y monterías en sus palacios de recreo, legiones de criados y de aduladores, corte de parásitos más numerosa que la corte oficial de su rey. Pero no tenía el poder soberano. Y envidiaba á Ulrico. El uno se emborrachaba en una orgía de autoridad; el otro en una orgía de placer.

Y ambos concordaban únicamente en una cosa: en desdeñar á Sergio, que, ni rico ni poderoso, pasaba sus días en el estudio y la meditación.

—Todo lo puedo yo con mi



acero—decía Ulrico acariciando con la mano su espada, ante la cual temblaban sus vasallos.

—Todo lo puedo yo con mi oro—decía Wladimiro tirando al aire sus monedas, ante las cuales se humillaban las turbas y se abrían las puertas y se doblaban las voluntades y los amores.

Y, efectivamente; el rey, á fuerza de tiranías, cohechos y exacciones, pudo ser y fué rico, chupando la sangre á sus súbditos. Y el príncipe, á fuerza de dádivas y corrupciones, se atrajo gran golpe de parciales—que el oro los recluta fácilmente entre los malos—lo cuales le proclamaron por rey de un territorio vecino.

Ulrico y Wladimiro quedaron henchidos de satisfacción y de orgullo pensando que habían ya encadenado la felicidad.

El mando y la riqueza piden tanta suerte para conseguirlos como discreción para emplearlos. Y de esta cualidad carecían precisamente ambos reyes: por lo cual, se desesperaban viendo con sorpresa y con ira, que con todos sus esplendores deslumbrantes, ni la fuerza conquista ni el oro compra una sola lucecilla de entendimiento. Y aquellos dos pobres de inteligencia, si alguna vez la tuvieron en su espíritu, nunca la descubrieron por falta de labor y cultivo. Porque estaban criados á la

usanza de aquellas razas antiguas, que fiaban todo á los prestigios de la alcurnia y de la fuerza. Bastábales con saber echar una firma garabatosa ó manejar una espada reluciente. Cualquier otro oficio, así fuese liberal, era reputado por vil y digno sólo de gentecillas asalariadas para discurrir por los magnates, quienes se hacían servir el alimento intelectual de la misma manera que el alimento corporal, por servidores mercenarios.

Así se embrutecieron aquéllas: así se petrificaron aquellas naciones, purgando en la dominación extranjera el pecado de subvertir la obra de la naturaleza, que coloca el cerebro en la cima de la figu-

ra humana para mostrar su supremacía. Y así lo pagaron los soberbios príncipes. Sus depredaciones, tiranías y derroches, provocaron la ira de sus súbditos y la enemistad de otros reinos, y la guerra de afuera, ayudada de la revolución de dentro, devoró en pocos días el poder de Ulrico y Wladimiro, que parecían sentados sobre tronos inconmovibles de acero y oro. Combatidos, derrotados y abandonados de los que fueron cortesanos de la fuerza y parásitos de la fortuna, que se pegan al manto y no á la persona de los reyes, hubieron de huir de sus reinos con más prisa que equipaje y más miedo que comitiva para quitárselo.

El pueblo desbordado, que, como los ríos, toma en una hora venganza de los diques y presas que lo oprimieron durante muchos años, se desquitó de las tiranías pasadas incendiando los palacios y castillos de sus reyes. Y no se libró de la ruina general el pobre Sergio, porque en tales desquites suelen las familias padecer las culpas de las personas.

Los tres hermanos pudieron con grandes fatigas, refugiarse en una nave extranjera que les dejó en isla remota, habitada por pocas gentes y gobernada al uso patriarcal.

Ulrico desembarcó antes que los otros, con paso firme y cabeza erguida, como quien está

acostumbrado á ser el primero en todo.

Siguióle Wladimiro, pisando con cautela, para no poner el pie en el lodo y suciedad del camino y mirando con asco las toscas viviendas del país, como quien no sabe vivir sino en medio de sederías, tapices y regalo.

Iba detrás Sergio con cara de gozo y mirada de curiosidad satisfecha, como quien se recrea en conocer cosas y costumbres nuevas. Su amor al estudio le daba allí la felicidad que faltaba á sus hermanos.

Erraron durante algunas horas por la población solos y tristes, sin más abrigo que la ropa puesta y sin dinero para

albergarse, porque los crueles revolucionarios los despojaron de todo lo que tenía valor. Unicamente se había salvado una cosa: un libro que Sergio se llevó consigo, y eso porque en el país era objeto despreciado que nadie quería.

Cogiólos la noche y durmieron en mitad de la calle. Y, durmieron mal y poco, porque no tardó en despertarles un guardia de la policía advirtiéndoles que en aquel pueblo no se consentía la vagancia ni la mendicidad. Al verse tratados de tal manera los dos orgullosos monarcas se demandaron contra el guardia; éste los llevó presos ante el jefe de la isla.

—¿Por qué dormíais en la calle?—les preguntó.

—Porque no tenemos nada.

—Pues hay que ganarlo con el trabajo. Se os dará ocupación. Tú ¿qué sabes hacer?

—Yo, mandar—dijo Ulrico.

—Buen oficio mientras haya quien obedezca.

—Yo, gastar—respondió Wladimiro.

—Buen oficio mientras haya dinero.

—Hemos perdido reinos y riquezas; todo, todo.

—Vosotros habréis perdido todo, yo nada—dijo Sergio.

—¡Pues si ni tú ni nosotros tenemos más que lo que traemos encima!

—Por eso no he perdido nada. He salvado mi equipaje; lo traigo puesto: en el cerebro.

—¿Y tu biblioteca?

—También la traigo: en la memoria.

Pues tú serás el único que vivas aquí.

Y los soberbios príncipes quedaron humillados ante aquel á quien tanto despreciaban, aprendiendo tardíamente que sólo hay un poder firme é imperecedero: el del entendimiento.

—



BIBLIOTECA MIGNON

á 0,75 céntimos tomo.

I. V. Medina.—*Aires murcianos.*
II. A. Palacio Valdés.—*Solo.*
III. Clarín.—*Las dos cajas.*
IV. Wagner.—*Historia de un músico en París.*
V. González Serrano.—*Siluetas.*
VI. J. Valera.—*El pájaro verde.*
VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas.*
VIII. J. O. Picón.—*Cuentos.*
IX. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido.*
X. J. O. y Munilla.—*Tremielga.*
XI. J. M. de Pereda.—*Para ser buen arriero...*
XII. Alfonso Daudet.—*Una anécdota del segundo Imperio.*
XIII. V. Blasco Ibáñez.—*La cencerrada.*
XIV. G. Martínez Sierra.—*Almas ausentes.*
XV. E. Menéndez y Pelayo.—*A la sombra de un roble.*
XVI. G. Núñez de Arce.—*Sancho Gil.*
XVII. Blanca de los Ríos.—*Melita Palma.*
XVIII. Arturo Reyes.—*Cuentos andaluces.*
XIX. P. A. de Alarcón.—*El clavo.*
XX. M. Tolosa Latour.—*Hombradas.*
XXI. J. Benavente.—*Cartas de mujeres.*
XXII. Narciso Oller.—*La bofetada.*
XXIII. E. Marquina.—*Eglogas.*
XXIV. P. Baroja.—*Idilios vascos.*
XXV. F. Acebal.—*De buena cepa.*
XXVI. Dr. Mariscal.—*Morfinismo.*
XXVII. M. del Palacio.—*Un soldado de ayer.*
XXVIII. M. Cervantes.—*Curioso impertinente.*

XXIX. Dr. Calatraveño.—*Los ninos que sufren.*
XXX.—Jacinto Benavente.—*Cartas de mujeres.*
XXXI. Manuel Ugarte.—*Cuentos de la Pampa.*
XXXII. B. Rodríguez Serra.—*Idilios rotos.*
XXXIII. Valle-Inclán.—*Jardín Umbrío.*
XXXIV. J. Echegaray.—*Los sueños de Colilla.*
XXXV. Luis Taboada.—*Los cursis.*
XXXVI. Eduardo L. Chavarri.—*Armónica.*
XXXVII. E. G. Carrillo.—*Las mujeres de Zola.*
XXXVIII. J. Dicenta.—*La finca de los muertos.*
XXXIX. Escobar.—*Cosecha de mi tierra.*
XL. Santiago Rusiñol.—*Hojas de la vida.*
XLI. R. Blanco Fombona.—*Cuentos americanos.*
XLII. Carmen de Burgos Seguí.—*Alucinación.*
XLIII. J. Pérez Zúñiga.—*Villapelona de abajo.*
XLIV. José Zahonero.—*Pasos y cuentos cómicos.*
XLV. C. Bernaldo de Quirós.—*Peña Lura.*
XLVI. B. Pérez Galdós.—*Santillana.*
XLVII. E. Fernández Vaamonde.—*A orillas de Spree.*
XLVIII. Rafael Leyda.—*Tirano Amor.*
XLIX. Angl Geuerra.—*Agua mansa.*
L. Roberto Bracco.—*En el mundo de las mujeres.*
LI. J. Francos Rodríguez.—*Como se vive se muere.*
LII. Julio M. Cestero.—*Citerea.*
LIII. Pedro de Répide.—*Del Rancio solar.*
LIV Enrique de Mesa.—*Tragicomedia.*





0,75 pesetas.



